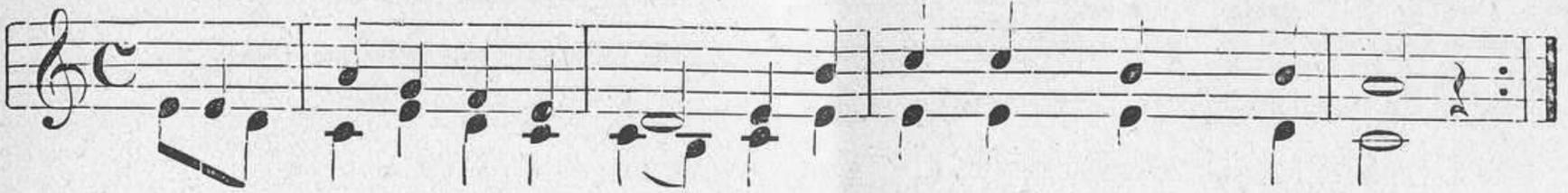


# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 13 DE MARZO DE 1932.

NÚMERO 11.



1. Ca — be — za en — san — gren — ta — da, Cu — bier — ta de su — dor,  
De es — pi — nas co — ro — na — da, Y lle — na de do — lor;



¡Oh ce — les — tial ca — be — za, Tan mal — tra — ta — da a — qui, De



sin i — gual be — lle — za, Yo te sa — lu — do a ti!



## Cabeza ensangrentada

Cabeza ensangrentada,  
cubierta de sudor,  
de espinas coronada  
y llena de dolor;  
¡oh, celestial cabeza,  
tan maltratada aquí,  
de sin igual belleza,  
yo te saludo a ti!

Te admiro, rostro herido,  
espejo de bondad;  
aunque en Tí han escupido  
con infernal maldad.  
¿Quién se atrevió, mi vida,  
con loco frenesí  
y saña fratricida  
a escarnecerte así?

Cubrió tu noble frente  
la palidez mortal,  
cual velo transparente  
de tu sufrir señal.  
Cerróse aquella boca,  
la lengua enmudeció:  
la fría muerte toca  
al que la vida dió.

Señor, lo que has llevado,  
yo solo merecí;  
la culpa que has pagado  
al Juez, yo la debí.  
mas, mírame: confío  
en tu cruz y pasión:  
otórgame, bien mío,  
la gracia del perdón.

Aunque tu vida acaba,  
no dejaré tu cruz.

Cuando perdido estaba  
has sido Tú mi luz;  
Tú me has apacentado  
cual buen y fiel pastor:  
me has tiernamente amado  
con perennal amor.

Estar contigo anhelo:  
Me sirve de solaz  
y sin igual consuelo  
ver en la cruz tu faz.  
Pedirte, si consigo  
lo que das a la fe,  
morir junto contigo,  
y de tu cruz al pie.

Mil gracias te presento,  
amado Redentor,  
por tu bondad sin cuento,  
tu muerte y tu dolor.  
Aquí prometo y juro  
que te obedeceré,  
amigo fiel, seguro,  
consumador de fe.

Y cuando llegue mi hora  
no me abandonarás;  
con tu cruz salvadora  
pronto aparecerás.  
Si rómpese en la muerte  
mi pobre corazón,  
¡Señor, piadoso y fuerte,  
me salve tu pasión!

En mi última agonía  
muestra, Jesús, tu faz;  
y que en tu muerte pía  
fije mis ojos, haz.  
Tu imagen contemplando  
expiro en paz aquí,  
tu cruz santa abrazando.  
¡Feliz quien muere así!

## El olvido de Elisa

Cierto día, al volver Elisa de la escuela, su madre le dijo: "Vé a la sala Elisita, y mira lo que tía Rosa te ha mandado para el día de tu cumpleaños."

Elisa y su amiguita Flora fueron corriendo a la sala. En una hermosa jaula verde se encontraron un pajarito amarillo muy mono. Elisa estaba tan entusiasmada, que al principio no pudo sino mirarle sin proferir palabra. Su madre estaba en el zaguán sonriendo.

—Ay, mamá—dijo Elisa por fin— ¡Qué hermoso es! ¿Y va a ser para mí solita?

—Sí—contestó la madre—y tía Rosa quiere que tú cuides de él.

—Eso lo haré con el mayor gusto. ¡Qué rico es!

Elisa llamó "Pío" a su pajarito. Al principio, era un placer especial poner la jaula encima del pequeño baño de pájaros y observar cómo Pío sacudía sus alas amarillas en el agua. Después se sentaba en la caña y se arrebujaaba en sus plumas.

Elisa ponía cañamones y alpiste en su tacita, llenaba la otra con agua fresca y esparcía arena limpia en el fondo de la jaula. Entonces Pío, satisfecho y contento, cantaba alegre con todas las fuerzas de su amarilla garganta.

Sin embargo, después de algún tiempo, su madre tenía que recordar a Elisa que Pío necesitaba que le cuidasen. La verdad es, que el pobre Pío abría quedado relegado al más completo olvido, si la madre no se hubiera acor-

dado de él. Elisa aún le quería, pero ¡había tantas otras cosas que hacer!

Un sábado por la mañana la madre estaba muy ocupada en los arreglos necesarios para ir a visitar a tía Rosa por unos días.

—Lo primero que tienes que hacer esta mañana es mirar por Pío—dijo a Elisa—para que luego no se te olvide.

Elisa descolgó la jaula para llevarla a la cocina. En ese mismo momento, Flora la llamó desde la calle. Elisa puso la jaula sobre la mesita junto al fogón y corrió a ver a Flora. Tardó bastante tiempo en volver a acordarse de Pío. Entonces cruzó la calle corriendo y volvió a la cocina. ¡Pobre Pío! Estaba en el suelo de la jaula, medio muerto y respirando con dificultad.

—¡Ay, madre, ay, madre!"—gritó la niña.

La madre entró corriendo y preguntó: —¿Quién ha colocado la jaula junto al fogón?

—Lo hice yo—contestó Elisa. —Sólo me marché por un momento y luego lo olvidé. ¿Tendrá que morir?

—No sé—replicó la madre—, pero qué triste es pensar que el pajarito tiene que sufrir por tu olvido.

—Yo te daré todo el dinero que tengo en la hucha para pagar un médico—dijo Elisa llorando.

—No creas, Elisa—dijo la madre muy seria—que con dinero se pueden arreglar todas nuestras faltas. Pío no sólo necesita un médico, sino un cuidado muy especial durante varios días. ¿Tú crees que debes marcharte y dejarle solo mientras está enfermo?

—Ay, mamá, ¿es que no podré ir a

ver hoy a tía Rosa?—Elisa se sentó como si se hallara muy débil.

—Eso, tú lo tendrás que decidir—dijo la madre.

No era fácil para Elisa decidirse, pero por fin dijo:

—Me quedaré en casa y cuidaré de Pío.

Pío no murió. El médico, la madre y Elisa, todos le cuidaron. Nunca volvió a cantar tanto como antes, pero Elisa se alegraba, cuando le oía cantar contento: “pío, pío, pío”. Y nunca se olvidó de que no se puede pagar siempre con dinero por las cosas que se olvidan de hacer.

---

## NIÑOS

---

A la casa del padre del célebre pastor Oberlin llegó un día una visita a la hora de comer. La riqueza del padre Oberlin consistía en nueve hijos, y cuando el forastero vió tantos niños sentados a la mesa, dijo con tono compasivo: “Pobre hombre, ¡qué cruz tan pesada tiene que llevar!” “¿Qué cruz dice usted?”, preguntó asombrado el maestro de escuela. “¿En qué sentido me lo dice?” “¡Nueve hijos, y siete de ellos varones!”, replicó aquél con retintín, y añadió con pena: “Yo no tengo más que dos y cada uno de ellos es una losa para mi sepultura. El padre Oberlin contestó con gran entereza: “Eso los míos, afortunadamente, no lo son. He enseñado a mis hijos un arte excelente, el arte de obedecer. ¿Verdad hijos que sabéis que tenéis que obedecer? ¿Y lo hacéis con alegría?” Las

dos niñas pequeñas sonrieron socarronamente al forastero, pero los siete hijos contestaron: “Sí, padre, sí”. Este entonces le dijo al huesped: “Mire usted, señor, si la muerte con aparente piedad viniera a mi puerta, para llevarse a uno de los nueve”, con esto se quitó su gorro felpudo lanzándolo contra la puerta, “yo le diría: ¿Quién te ha engañado, diciendo que tengo alguno de más?”

---

## Dios lo ve

---

El senador Renaud vino por primera vez a París, desde su patria en los Pirineos. Alquiló una habitación en un hotel y pagó por adelantado. El dueño le preguntó si quería recibo.

Renaud contestó: —Muchas gracias, Dios lo ha visto.

—¿Usted cree en Dios?—preguntó el dueño.

—¡Claro que sí! Usted también, ¿no?

—*Non, monsieur*—fué la respuesta.

—Entonces tendré que pedirle un recibo.

---

## CHISTES Y COLMOS

---

¿En qué se parece un hombre a un aeroplano?

Pues en que el hombre tiene sesos y el aeroplano sesos-tiene.

\* \* \*

¿Cuál es el colmo de un jardinero?  
Regar las plantas de los pies.